

Cuerpos femeninos en transición en las novelas

La mujer cambiada y *Nada que declarar* de Teresa Ruiz Rosas

FEMALE BODIES IN TRANSITION IN THE NOVELS *LA MUJER CAMBIADA*
AND *NADA QUE DECLARAR* BY TERESA RUIZ ROSAS

ROCÍO FERREIRA
DePaul University
RFERREIR@depaul.edu

Recibido el 25-10-25; aceptado el 14-11-25.

RESUMEN

El ensayo analiza las novelas *La mujer cambiada* (2008) y *Nada que declarar* (2013), de la escritora peruana Teresa Ruiz Rosas, desde la perspectiva de los desplazamientos forzados que son los ejes narrativos en los que se desarrollan sus personajes femeninos. Así, el espacio geográfico, el cuerpo como territorio, las relaciones de poder y la materialidad del cuerpo como depósito de una violencia histórica sirven para entender y proponer una lectura política de estas narraciones. Se revisan conceptos de Josefina Ludmer, Rita Segato, Sayak Valencia, Judith Butler, entre otros.

PALABRAS CLAVE

Cuerpo femenino, Identidad, Violencia, Biopolítica, Teresa Ruiz Rosas, Narrativa peruana.

ABSTRACT

This essay analyzes the novels *La mujer cambiada* (2008) and *Nada que declarar* (2013) by the Peruvian writer Teresa Ruiz Rosas, from the perspective of forced displacement, which serves as the narrative axes through which her female characters develop. Thus, geographical space, the body as territory, power relations, and the materiality of the body as a repository of historical violence frame and propose a political reading of these narratives. Concepts by Josefina Ludmer, Rita Segato, Sayak Valencia, Judith Butler, and others are examined.

KEYWORDS

Female body, Identity, Violence, Biopolitics, Teresa Ruiz Rosas, Peruvian narrative.

Teresa Ruiz Rosas (Arequipa, 1956), es una prolífica narradora, traductora literaria y docente peruana que reside en Colonia, Alemania. Su primera *nouvelle* *El copista* (1994), fue finalista del XII Premio Herralde y del Premio Tigre Juan de Oviedo. Su obra cuentística, de tres décadas, ha sido reunida en el volumen *El color de los hechos* (2017). Asimismo, ha publicado las novelas *La falaz posteridad* (2007), *La mujer cambiada* (2008), *Nada que declarar* (2013), *Nada que declarar: El libro de Diana* (2015), *Estación delirio* (2019, Premio Nacional de Literatura 2020) y *Cartografías para trenzas solas* (2025).

En sus novelas Ruiz Rosas se ocupa de narrar historias de mujeres cuyos cuerpos y mentes han sido violentados por la sociedad patriarcal y el mandato masculino¹ con el propósito de generar conciencia en los lectores sobre vidas invisibilizadas en la sociedad peruana y la alemana. Ruiz Rosas indaga los afectos, las alianzas, la fragilidad, la vulnerabilidad y la violencia que se entretajan en las experiencias de sujetos femeninos que están expuestos a ser colocados en una posición de subordinación y obediencia.

En este ensayo comento las novelas *La mujer cambiada* y *Nada que declarar*, que abordan diversos desplazamientos forzados: debido a la violencia política durante el conflicto armado interno en el Perú (1980-2000) —el caso de Etelvina Portocarrero o Elvira Peña, protagonista de *La mujer cambiada*—, y, posteriormente, en un alcance global, debido al tráfico y esclavitud sexual de mujeres —el caso de Diana Postigo Dueñas o Dianette Pöstges,

protagonista de *Nada que declarar*—, considerando el espacio geográfico y el cuerpo como territorio, centro de relaciones de poder, y la materialidad del cuerpo como depósito de una violencia histórica que intenta someterlo a diferentes formas de dominación sexual. Sin embargo, a pesar de la violencia que se ejerce en los cuerpos de las protagonistas Portocarrero/Peña y Postigo Dueñas/Pöstges (cirugía, tortura, violencia sexual), sus cuerpos son también una forma de resistencia, puesto que inscriben, en sus propias materialidades, la memoria narrativa para recontar el pasado y criticar el presente y, finalmente, liberarse.

Así, la intención es elaborar una lectura política de estas narraciones mediante el cuerpo de las protagonistas de ambas novelas para poder leer los signos del desamparo social y mental a las que son sometidas por un sistema patriarcal apropiador.

Ahora bien, mientras la crítica literaria feminista avanza en los debates sobre la escritura de las mujeres, acerca de los discursos de apropiación y reconocimiento de sus cuerpos y subjetividades, se complejiza el desafío de pensar críticamente la representación de sus experiencias e identidades. Esto se da especialmente cuando se aborda la trata de mujeres, la esclavitud del siglo XXI —espacio mitificado por la violencia—, referido con recurrencia como un escenario de “maldad intrínseca” debido a los relatos vinculados con el narcotráfico, conflictos armados y, particularmente, con la explotación sexual y los feminicidios. Se vuelve así mayor el reto de posicionar el discurso de las mujeres en los ejes de acción social y político.

1. IDENTIDAD, VIOLENCIA Y BIOPOLÍTICA

En una primera lectura de estas dos novelas de Teresa Ruiz Rosas se advierte una relación entre el espacio geográfico, urbano y social fragmentado, penetrados por la violencia, y los rasgos que caracterizan a los personajes femeninos. Así, las identidades de las mujeres en la periferia y en situaciones vulnerables, se construyen a partir de dos condiciones: i) una identidad que se define a partir de juicios y estereotipos, del imaginario colectivo acerca de “las mujeres”, elaborados por sus otros —hombres—, así como personas de distintos estratos sociales e, incluso, mujeres y personas del mismo entorno, quienes naturalizan las experiencias de violencia; ii) otra identidad que es conformada de manera individual, es decir, se suman un conjunto de rasgos que las mujeres reconocen de sí mismas para definirse, según sus experiencias cotidianas, generalmente determinadas por el desplazamiento, los valores morales y culturales adquiridos de la tradición patriarcal, la dominación masculina, así como su condición de vulnerabilidad ante la violencia. En la configuración de ambas identidades hay una implicación del cuerpo, el cual, en sus diversas formas de representación, es portador de significaciones culturales y simbólicas.

La violencia cotidiana sufrida por las mujeres durante el conflicto armado interno peruano como se narra en *La mujer cambiada* o en situaciones de esclavitud sexual transnacional, el caso de *Nada que declarar*, o bien, el



Teresa Ruiz Rosas.

temor que esta infunde en ellas incide en su percepción del mundo y las constituye. Como ha notado Josefina Ludmer el delito —el cual puede considerarse una forma de la violencia descrita en las novelas de Teresa Ruiz Rosas—, es una rama de la producción capitalista, así como el criminal un productor (1999, p. 11). El delito es, por lo tanto, una especie de “frontera” que separa la cultura de la no cultura, una línea que diferencia, excluye y funda una identidad cultural (Ludmer, 1999, p. 14). Esta ilegalidad que estampa las relaciones económicas y culturales, marcada por la violencia, es el modo en que operan las sociedades del “capitalismo *gore*”. Este concepto, planteado por Sayak Valencia, refiere:

...al derramamiento de sangre explícito e injustificado como precio a pagar por los sujetos tercermundistas, quienes se aferran a seguir las lógicas del capitalismo contemporáneo hiperconsumista. Nos referimos también al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con el sexo y los usos predatorios de los cuerpos. Cuerpos concebidos como productos de intercambio que alteran y rompen las lógicas del proceso de producción del capital, y que subvierten los términos de éste (Valencia, 2010, p. 57).

Así, la “biopolítica”, que pone al cuerpo en el eje de las prácticas del poder económico y social, es asumida ahora por la “necropolítica”, en la que la muerte (cuerpo-cadáver) asume la posición de control en las

sociedades capitalistas, porque “se ha convertido en el negocio más rentable” (Valencia, 2010, p. 16). De este modo, la violencia expresiva, con su destrucción (aquí me refiero a la cirugía plástica que tiene que efectuar la protagonista de *La mujer cambiada* para cambiar de rostro y escapar del territorio-cuerpo que controla su captor, y la exhibición en vitrinas carcelarias numeradas que se hace de los cuerpos de las mujeres prostituidas para ser vendidos a clientes alemanes en *Nada que declarar*), ejerce el poder, actuando por el cruce de fuerza entre el Estado y los sujetos criminales. Estos últimos se imponen con mayor capacidad de organización conformando lo que Segato llama un “segundo Estado” o “Estado paralelo” (2017, p. 42), dirigido por corporaciones armadas que operan en red y por debajo de la ley (2017, p. 30); entre ellos, las mujeres son las principales víctimas. Ambas autoras, Segato y Ludmer, comparten la idea de que estas prácticas de violencia funcionan como estrategia de los sujetos marginados para acceder como consumidores a los beneficios que ostenta el primer mundo y, así mismo, reivindicar su identidad hegemónica dentro del sistema patriarcal.

Desde esta óptica es pertinente analizar las novelas de Ruiz Rosas, en el que subyacen diversos elementos narrativos que transparentan condiciones de negligencia del Estado, de uso del cuerpo como estrategia de poder, así como de hiperconsumismo y violencia extrema. Conforme a la propuesta de “capitalismo *gore*”, que “ha devenido en construcción cultural [...] biointegrada” (Valencia, 2010, p. 50), dichas variables tienen

efectos en la formación de las identidades femeninas situadas en los entornos marginales. Las novelas de Ruiz Rosas, *La mujer cambiada* y *Nada que declarar*, presentan características particulares; sin embargo, ambas recrean la realidad de la frontera geográfica, el cruce migratorio, el espacio urbano, la periferia y la violencia, las vivencias familiares y amorosas, así como los sistemas de opresión social. La escritura de Ruiz Rosas traduce las tensiones culturales de las mujeres desplazadas por la violencia a otros territorios (por un lado, la primera novela aborda el desplazamiento de Etelvina Portocarrero de Ayacucho a Lima, la pérdida de su identidad, la reubicación de la protagonista en la ciudad de Arequipa, la manipulación de su cuerpo, la conversión de su identidad a una nueva bajo el nombre de Elvira Peña; por el otro, la segunda novela explora el viaje forzado de Diana Postigo Dueñas de Lima a Düsseldorf, quien fue obligada a convertirse en Dianette Pöstges; su experiencia como esclava sexual, su escape, su retorno a Lima y la posibilidad de recobrar su identidad), y la fractura identitaria que, al mismo tiempo, se presenta junto con una reafirmación de los valores y de las tradiciones a las que se encuentran vinculados por su origen. Las dos novelas sitúan a las protagonistas en situaciones límites en la que los cuerpos femeninos en transición deben de narrar experiencias corporales extremas.

2. *LA MUJER CAMBIADA*

El caso de *La mujer cambiada* es un drama cuyo trasfondo es la violencia política que vivió el Perú entre 1980 y 2000. La

novela narra la historia de Etelvina Portocarrero, una mujer ayacuchana de Huamanga, quien, tras huir de su abusador, llega a una exclusiva clínica limeña para que le hagan una peligrosa y sofisticada cirugía plástica que le cambiará el rostro y, por lo tanto, su identidad. En la clínica conoce y desarrolla una amistad con el doctor Gerardo Bustíos, quien realiza la exitosa operación y quien posteriormente se convertirá en su socio. Ambos deciden abrir una clínica de cirugía plástica en Arequipa para ayudar a las víctimas de violencia. La primera parte de la novela está centrada en esa amistad, hasta que Etelvina, ahora, Elvira Peña tiene que enfrentar los fantasmas del pasado y volver a vivir, mediante la memoria, las experiencias aterradoras a las que estuvo sometida anteriormente, y, que son el motivo principal por el cual tuvo que cambiar su fisionomía. En la novela, cuando Etelvina estudiaba en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en Lima, era la pareja de Felipe Arréstegui, pero sus padres ayacuchanos temen por ella dada la inseguridad política que se vive en la universidad durante el período del conflicto armado interno y la intervención militar y senderista. Los padres la obligan a volver a Huamanga y casarse con Nérido Áybar, un próspero ganadero ayacuchano quien se apodera de Etelvina, como cuerpo territorio, y ejerce violencia doméstica y la maltrata. Etelvina huye de esa relación dominante, y se reencuentra con Felipe, su exnovio y profesor universitario, con quien reanuda sus relaciones amorosas. Sin embargo, el agresor exhibe su impunidad y está siempre presente alrededor de su vida. De esta forma,

cuando Felipe viaja a Ayacucho a visitar a Etelvina, desaparece misteriosamente. Se hace creer que los representantes del grupo subversivo lo han secuestrado y asesinado. No obstante, a través de un reencuentro con conocidos exmilitares ayacuchanos, desplazados en Arequipa, Elvira descubre que Felipe, fue encerrado en la Casa Rosada por órdenes del coronel Telmo Hermoza (aquí la autora hace una alusión directa a Telmo Hurtado, militar, protagonista de genocidios en Ayacucho). Después de ser torturado brutalmente, Felipe murió en un cuartel del ejército, en el que estuvo encerrado, y su cuerpo sometido a los peores agravios; el mismo en el que ella fue secuestrada y del que logró escapar. Además, al padecer de trastorno por estrés postraumático, estos testimonios le ocasionan reviviscencias y recuerdos intrusivos de la masacre de Accomarca en la que 69 campesinos, incluyendo niños, fueron injustamente asesinados y sus cuerpos desaparecidos por órdenes de Telmo Hermoza como parte del mandato de masculinidad, desplegando, así una “pedagogía de la crueldad” (Segato, 2017, p. 21). Bajo esas experiencias de horror en el que su cuerpo ha sido también violentado es que la protagonista decide huir a la capital y someter su cuerpo a un complejo procedimiento quirúrgico para empezar una nueva vida fuera del dominio misógino.

3. *NADA QUE DECLARAR*

La novela *Nada que declarar* se enfoca en la violencia contra las mujeres en los casos de trata de personas con finalidades de explotación sexual. Este tema ha sido abordado desde la

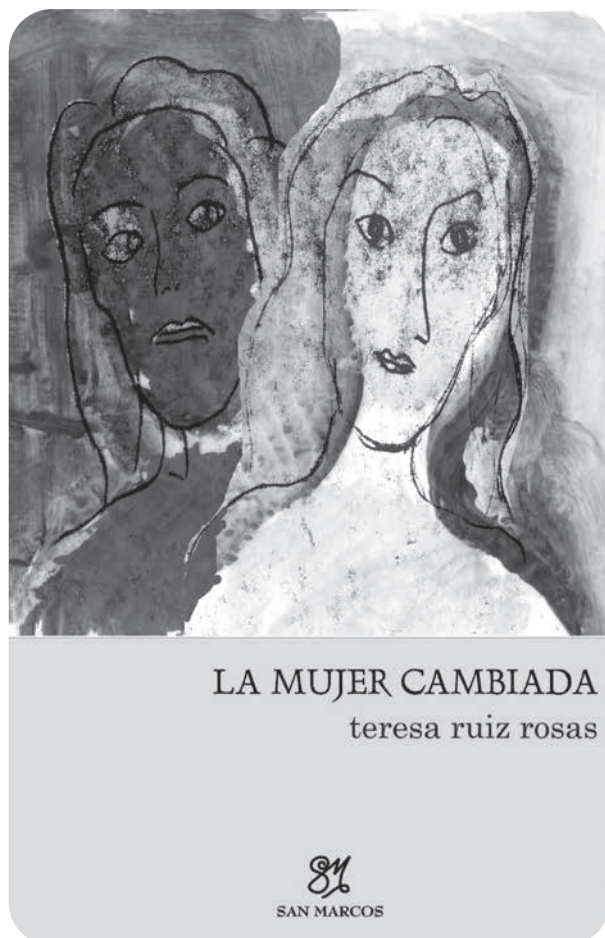
ficción, en el caso peruano casi exclusivamente por Teresa Ruiz Rosas, quien realizó un trabajo de investigación acerca de la trata de mujeres para escribir este texto. El estudio es relevante en tanto que se ocupa de las tres fases de la violación de los derechos humanos de las mujeres esclavizadas: la captación, la traslación y la explotación. La novela está narrada desde el punto de vista de una escritora peruana de clase media residente en Alemania, Silvia Olazábal Ligor (alter ego de la autora), quien se interesa en escribir sobre las experiencias de las mujeres esclavizadas sexualmente de diferentes partes del mundo, quienes son expuestas abiertamente como mercancía en vitrinas en Alemania. La novela cuenta, por un lado, la historia de Silvia Olazábal Ligor, cuya tarea es la de escribir el testimonio de Diana Postigo Dueñas (Dianette Pöstges), una joven negra limeña del Rímac de pocos recursos económicos que es engañada por Murat Bulladar, un hombre extranjero traficante de mujeres que llega a Lima y pretende enamorarla para secuestrarla, convertirla en su esclava sexual y obligarla a ejercer la prostitución en la ciudad de Düsseldorf, Alemania. Por otro lado, la novela contrasta la experiencia de ambas mujeres, como sujetos migrantes; mientras que una trabaja como traductora, la otra es una esclava sexual cotizada por sus captores. El acercamiento que se desarrolla entre ellas funciona como una propuesta de diálogo y los distintos mundos en los que viven. Silvia Olazábal Ligor, entre otras ocupaciones profesionales, funciona de escucha, testigo y escritora de la experiencia de Diana. Sin embargo, a pesar de ser una mujer educada y documentada

no deja de ser también un sujeto migrante, cuyos desplazamientos junto con los de Diana, hacen visibles las diversas identidades femeninas, conformadas por las experiencias de violencia, en el que el cuerpo es el protagonista. En esta novela, Diana Postigo convertida en Dianette Pöstges luchará por liberarse de su situación de esclava sexual.

La novela enfatiza que la manipulación del cuerpo esclavizado, controlado por criminales, es una repercusión de la biopolítica y una incorporación del capitalismo global. Las circunstancias de trabajo y de vida de las mujeres “sudacas” en dicho contexto carcelario se convierten en condiciones intrínsecas de sus cuerpos, entregados cotidianamente a las funciones de la

esclavitud sexual y a sus dinámicas, que finalmente permean todos los ámbitos de sus vidas. La interpretación de la materialidad del cuerpo y sus significaciones remite a las reflexiones de Michel Foucault relacionadas con la “ocupación del cuerpo por el poder” (1980, p. 104), posteriormente retomadas por los estudios feministas. Judith Butler argumenta que el cuerpo es el efecto más productivo de este (el poder) (2002, p. 18), lo cual implica entender la corporalidad como una construcción en sí misma, antes de responder a un código cultural, asociada a las normas reguladoras del “sexo”, las mismas que operan de manera “performativa” (2002, p. 18). Butler busca recuperar, en medio de la visión

posestructuralista centrada en el lenguaje y el signo, la inteligibilidad y materialidad del cuerpo y, específicamente, de los cuerpos femeninos que “importan” (2002, p. 60), guiada por una pregunta que interesa a este análisis: “Si todo es discurso, ¿qué pasa con el cuerpo? Si todo es un texto, ¿qué decir de la violencia y el daño corporal?” (2002, p. 54). En este contexto de agresión simbólica, y principalmente física, ejercida sobre los cuerpos de las mujeres, merecen atención los discursos capitalistas, patriarcales y misóginos, desde los cuales opera el biopoder que las circunscribe materialmente, las excluye y vulnera hasta darles muerte en muchos casos. Entonces, en el caso de estas dos novelas de Teresa Ruiz



Portada de *La mujer cambiada*.



Portada de *Nada que declarar*.

Rozas, nos preguntamos: ¿qué cuerpos importan? (¿los cuerpos blancos?) y ¿cuáles cuerpos se consideran desechables? (¿los cuerpos marrones y negros?).

4. EPÍLOGO

Los cuerpos de las mujeres representados en *La mujer cambiada* y *Nada que declarar* transparentan un organismo social resquebrajado por la coyuntura de la política de un Estado corrompido e incapaz de funcionar eficazmente y la toma del biopoder mediante las prácticas de violencia. Las referencias a “los cuerpos” intervenidos, cambiados o dañados agudizan la mirada sobre la cualidad material del sujeto femenino, cuya forma y experiencia están determinadas por el tratamiento que reciben en los diferentes ámbitos de su vida cotidiana. Su corporeidad, su condición “desechable”, como insinúan los textos, la caracteriza, le otorga un lugar y una identidad en ese espacio.

La identidad situada en el cuerpo traduce el desplazamiento del sujeto femenino contemporáneo y atraviesa diversos espacios públicos y privados, sistemas de control, segmentos de naturaleza y artificialidad, entornos de tecnología, realidad e imaginación. La idea de Haraway (1991), acerca del *cyborg*, concebida desde el pensamiento feminista, se enfoca en aquellos sujetos constituidos en oposición a las normas, ubicados en el límite, preparados para la transición y la supervivencia. Según el punto de vista de Braidotti, el *cyborg* difumina las fronteras entre el humano y la máquina, “es un sujeto multiestratificado, complejo e internamente diferenciado” (2005, p. 33). Lo asocia, por un lado, con las personas capacitadas para interaccionar con la tecnología, pero también con las mujeres y niños que realizan un trabajo infrarremunerado y explotado en la periferia; menciona específicamente a “los frágiles cuerpos de los trabajadores y las trabajadoras cuyos fluidos corporales —básicamente el

sudor— son el combustible de la revolución tecnológica” (Braidotti, 2005, p. 33).

En ese sentido, las novelas estudiadas de Teresa Ruiz Rosas exponen abiertamente el trato mediante el cual se maquinizan y cosifican los cuerpos desplazados. La autora sitúa su escritura en el cuerpo apropiado como territorio de las mujeres para recobrar su significación en una figura íntegra y tangible. Así pues, a diferencia de otros discursos, como los políticos y periodísticos, cuyo efecto es la emoción transitoria que provoca el espectáculo del horror, las novelas de Ruiz Rosas posibilitan la expresión de las mujeres y ponen en descubierto la materialidad de sus cuerpos reducidos o anulados por la violencia para, en este caso, sí producir conciencias que reaccionen contra su olvido. Son novelas cuyas protagonistas mujeres exponen y deconstruyen las instituciones y órganos de control social sobre sus cuerpos, acciones y lenguajes.



La mujer en el contexto de la violencia política en el Perú y en el mundo. Dibujos a lápiz: “Ayacucho, 1984”, “Morococha, 1928 a 1948”, “Milano, Italia, 16 de mayo 1945”, de Julia Ortiz Elías, que forman parte de la serie *Parvulario 1*, expuestas en 2021.

Nota

- 1 De acuerdo con Rita Segato las categorías de género, extractivismo y mandato de masculinidad, presentan en su posibilidad de ser pensadas críticamente, la visibilización de las relaciones de poder que habitan las violencias y su reproducción, racismos, clasismos, superiorización y abuso de poder en todas sus formas y modalidades de funcionamiento, estigma del adueñamiento y apropiación extractiva (2017, pp. 16-18).

Referencias

- Braidotti, R. (2005). *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*. Akal Ediciones.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós.
- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. Las Ediciones de La Piqueta.
- Haraway. D. (1991) *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. Routledge.
- Ludmer, J. (1999). *El cuerpo del delito, un manual*. Perfil Libros.
- Ruiz Rosas, T. (2008). *La mujer cambiada*. Editorial San Marcos.
- Ruiz Rosas, T. (2013). *Nada que declarar*. Tribal Narrativa.
- Segato, R. (2017). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.

